

# **UN BALÓN PARA JUGAR**

**Tomás Vte. Martínez Campillo**

**UN BALÓN  
PARA JUGAR**

*A todos los niños y niñas que con sus risas y algarabías ocupan los espacios que los adultos vamos sembrando de certezas arrogantes.*

**L**o tenían todo perfectamente calculado. No les podía fallar. Juanjo, el pequeño, pediría permiso a la maestra para ir al váter, ocasión que aprovecharía para, subido en el destartado lavabo, dejar entreabierto la oxidada ventana de metal que daba al sombrío patio posterior. Al oscurecer, toda la pandilla se pondría «manos a la obra» y en una acción relámpago se apoderarían del tentador balón que la Asociación de Padres había regalado al centro ese mismo día. Lo tenían todo perfectamente calculado. No les podía fallar.

Eran las 6:40 de la tarde cuando, puntuales como un reloj, acudieron todos a la cita en la esquina norte del gran edificio que se encontraba junto al recinto escolar. La oscuridad de la noche lo cubría ya todo a su alrededor, aunque hacía tan solo unos minutos que la gran lámpara del universo se había apagado tras las suaves líneas mon-

tañosas. Algunas farolas comenzaban ya a iluminarse. Soplabla una fría brisa pero los jóvenes aventureros apenas la sentían; la emoción de aquella primera hazaña era la única sensación que los atravesaba.

David, el jefe de la pandilla, miró su reloj digital y exclamó:

—Las 6:50, es la hora. ¡Vamos!

Su voz sonó segura y decidida como la de un experimentado líder habituado a dirigir difíciles operaciones cuyo éxito dependiera de la precisión horaria. Juanjo, Jaime, Minerva y Nuria lo siguieron de inmediato sin mediar palabra. Confiaban plenamente en David, era el cerebro. Las buenas ideas casi siempre se le ocurrían a él. El éxito de la aventura estaba asegurado, David había ido resolviendo hasta el último detalle.

Sin darse apenas cuenta, la pandilla se encontró junto al grueso muro posterior del colegio, al pie de la oxidada ventana de metal que seguía entreabierta tal y como la dejara Juanjo dos hora antes. El momento decisivo había llegado y Minerva, la responsable directa del «asalto», se despojó de su graciosa falda plisada dejando al descubierto los finos leotardos y el maillot negro que utilizaba como uniforme de campaña, se aseguró los cordones de los deportivos y, ayudada por el resto del equipo, trepó ágilmente hasta encaramarse en la amplia repisa de la ventana. Inmediatamente, Juanjo y Jaime corrieron a las oscuras esquinas del edificio

a ocupar sus puestos de centinelas. Nuria se encaramó al frondoso eucalipto que se erguía en una esquina del patio desde donde se divisaba la gran puerta de la valla que daba acceso al recinto. David, por su parte, de un potente salto se alzó en el aire hasta asirse al marco de la ventana; ayudado por Minerva, en unos segundos se encontró sentado en la repisa junto a la jovencita. Le dio un cálido beso en la mejilla y le deseó suerte. Lo había visto hacer así en una película.

—No perdamos más tiempo, Minerva. ¡Suerte!

Minerva, rápidamente y con una agilidad asombrosa, se descolgó hasta el interior de los aseos de la primera planta, abrió cautelosamente la puerta y se dirigió con decisión hacia la sala del material a través del largo pasillo, en una de cuyas paredes se hallaban las puertas que daban acceso a varias aulas, entre ellas la suya.

Ya se disponía a cruzar el lugar de paso hacia la escalera que llevaba a la planta superior cuando de improviso escuchó unos pasos sobre la gruesa grava del patio que se dirigían apresuradamente hacia la puerta principal, que se encontraba frente a ella. Una llave se introdujo en la cerradura y Minerva sin pensarlo dos veces corrió y se ocultó debajo de la escalera. El corazón le latía deprisa, un sudor helado le cubría la frente y una extraña sensación de angustia le recorría el cuerpo: ¿Y si era su padre que venía a recoger algo del despacho y la descubría? ¿Qué explicación le iba a dar?

¿Tendría que delatar a sus compañeros? La puerta principal se abrió y seguidamente la del despacho del director. La luz inundó la habitación y parte del recibidor. Minerva permaneció en silencio, inmóvil, asustada. ¡Era su padre!

Entretanto, David había sido avisado por Nuria que desde lo alto del frondoso eucalipto había divisado una figura que a buen paso se dirigía hacia el viejo edificio. El joven intentó prevenir a Minerva pero ya estaba demasiado lejos para oír las susurrantes palabras con que David intentaba transmitirle la noticia. Al no conseguirlo se deslizó hasta el interior de los aseos y desde allí hasta debajo de la escalera, donde había intuido que podría encontrarse su compañera.

—¿Qué haces aquí David? Esto tenía que hacerlo yo sola. ¡Márchate!

—He intentado avisarte, pero no me has oído. Si te cogen a ti que me cojan también a mí.

—Eres un imbécil, ahora corremos un doble riesgo: si mi padre me descubre solo a mí, además de castigarme severamente, no hubiese ocurrido nada, pero si te descubren a ti también se pueden poner las cosas muy feas. Ya sabes como es y...

—¡Silencio! ¡Ya sale!

El padre de Minerva, Jefe de Estudios del Centro, volvió a salir con la misma premura con que había entrado. Apagó la luz, cerró la puerta del despacho, a continuación la prin-

cipal y se alejó con idéntico ruido sobre la gruesa grava del patio.

Los dos jóvenes respiraron profundamente y se golpearon las manos, palma sobre palma, como hacían cada vez que algo les salía bien.

Minerva abandonó rápidamente su escondrijo y se dirigió, con la seguridad con que siempre hacía las cosas, hacia la sala del material. La puerta estaba entreabierta. Sin apenas tocarla se introdujo en la desordenada habitación, que más que sala de material era el cuarto de los enredos, el almacén del colegio. Encendió su linterna y comenzó a buscar en las polvorientas estanterías, en el interior de las roídas cajas de cartón, tras los inservibles tocadiscos y magnetófonos que se apilaban en un rincón, bajo el montón de papel usado... sin encontrar el preciado tesoro. Triste y frustrada se disponía a abandonar su misión cuando sus ojos se fijaron en el tambor de detergente que se hallaba en lo más alto de la estantería de madera. Arrimó una desvencijada mesa y haciendo equilibrios se puso de pie sobre el tablero. Estiró los brazos y con la punta de los dedos cogió el tambor por su base bajándolo despacio hasta colocarlo sobre el tercer estante, a la altura de los ojos. Miró en su interior y... ¡Allí estaba!, envuelto en la funda de plástico, con el precio todavía puesto, esperando ansioso correr de un lado a otro empujado por los pies y manos de un sinfín de chicos y chica que empleaban en ello el recreo diario.



Con el balón en la mano izquierda volvió a colocar el recipiente que lo había contenido en su lugar, saltó al suelo, colocó la mesa en su sitio y apagó la linterna abandonando rápidamente la estancia.

David todavía la esperaba debajo de la escalera. Volvieron a golpearse palma sobre palma como hacían siempre que algo les salía bien y continuaron con el plan previsto.

En el centro del espacioso pasillo colocaron sobre el suelo el codiciado balón, y sin perder más tiempo emprendieron el camino de regreso que transcurrió con la misma rapidez y facilidad que al principio.

—Son las 7:18. Nos hemos retrasado trece minutos pero la operación ha sido un éxito —dijo David cuando ya se encontraban en la esquina norte del gran edificio que se hallaba junto al recinto escolar. Su voz volvió a sonar fuerte y segura como la del indiscutible líder que era.

—Mañana cuando todos entremos a clase nos encontraremos con el balón nuevo y ya no podrán decirnos que no juguemos con él —comentó Minerva llena de satisfacción.

—Eso —reafirmó Jaime—, para que aprenda el director que los balones son para jugar y no para guardarlos para que no se rompan.

—¡Eres un buen informador, Juanjo! —exclamó Nuria dándole al más pequeño unas amistosas palmadas en la espalda.

—Fue una casualidad —contestó Juanjo dándose aires de importancia—, yo me iba a casa cuando, al pasar frente al despacho, oí cómo la mujer esa de la Asociación le decía al director: «te entregamos este balón, pero cuídalo», y el director, ni corto ni perezoso, le respondía: «no te preocupes, voy a guardarlo ahora mismo para que nadie lo vea». ¿Pero a quién se le ocurre semejante cosa?

La pandilla siguió hablando y recordando los pormenores de su hazaña en aquella esquina a la que solo llegaba un vago resplandor de la farola más cercana. En el firmamento se contemplaban de vez en cuando algunas estrellas, y la luna permanecía escondida tras las continuas nubes que se desplazaban hacia el interior empujadas por un suave viento de levante.

En una televisión cercana que estaba a todo volumen se comenzó a escuchar la música que anunciaba el inicio del noticiero de la noche.

—¡Vamos! —dijo Nuria— Va a comenzar el noticiero, no nos lo perdamos. ¡Ah, se me olvidaba! Mañana, después de la escuela, venid a mi casa a merendar: cumplo once años.

*San Miguel de Salinas, 13 de octubre de 1985*